I.	**La casa de Molière**	**Mario Vargas Llosa**
II.	**Llegó el momento de inventar el libro**	**Juan Villoro**
III.	**Quizá no tan pasado de moda**	**Javier Marías**
IV.	**La imaginación ayuda a ser feliz en Navidad***	**Tomás Eloy Martínez**
V.	**Aparcar el oído**	**Salvador Coderch**
VI.	**La moral del silencio**	**Javier Cercas**
VII.	**Cauces del neologismo**	**F. Lázaro Carreter**
VIII.	**El Quijote**	**Miguel de Cervantes**
IX.	**El indigno***	**Jorge Luis Borges**
X.	**Proyección de una película**	

Ejercicios

1. Los ejercicios correspondientes a cada tema serán dados en clase, previa discusión y análisis de su contenido.
2. Cada estudiante preparará el vocabulario de un texto:
3. Elegir las palabras desconocidas; indicar la etimología, la acepción correspondiente al texto y la traducción alemana.
   a. Incluir la fuente lexical con precisión.
   b. Complementar con información enciclopédica cuando el texto lo requiera.
   c. Los textos marcados con asteriscos (*) deben escribirse dentro del 80% de las redacciones requeridas.

   La literatura secundaria: La omisión de la bibliografía o la copia sin mención de la fuente importará el rechazo del trabajo y la suspensión del curso.Se recomienda seguir : *Richtlinien zur Erstellung wissenschaftlicher Arbeiten. Romanisches Seminar der CAU.*

   d. Los estudiantes deben hacer personalmente las redacciones sin ayuda de terceros para evitar la suspensión del curso.

Entrega de las redacciones

Horacio aconsejaba en su *Epístola a los Pisones « guardar nueve años los manuscritos antes de publicarlos ».* Como las redacciones solicitadas en este curso, no se publicarán, es conveniente que se entreguen **puntualmente todas las semanas**, para bien del que las escribe y del que las corrige.

Consultas: **LDispert@romanistik.uni-kiel.de**

I. La casa de Molière — Mario Vargas Llosa

Pocos creadores de su tiempo ayudaron tanto a los franceses, y al mundo entero, como el autor de "El enfermo imaginario", a salir de los quebrantos, las infamias, la coyunda y las rutinas cotidianas y a transformar las amarguras y los rencores en alegría y esperanza

A fines de los años cincuenta, cuando vine a vivir a París, aunque uno fuera paupérrimo podía darse el lujo supremo de un buen teatro, por lo menos una vez por semana. La *Comédie Française* tenía las matinés escolares, no recuerdo si los martes o los jueves, y esas tardes representaba las obras clásicas de su repertorio. Las funciones se llenaban de chiquillos con sus profesores, y las entradas sobrantes se vendían al público muy baratas, al extremo que las del *gallinero* —desde donde se veía sólo las cabezas de los actores— costaban apenas 100 francos (pocos centavos de un euro de hoy). Las puestas en escena solían ser tradicionales y convencionales, pero era un gran placer escuchar el cadencioso francés de Corneille, Racine y Molière (sobre todo el de este último), y, también, muy divertido, en los entreactos, escuchar los comentarios y discusiones de los estudiantes sobre las obras que estaban viendo.

Desde entonces me acostumbré a venir regularmente a la *Comédie Française* y lo he seguido haciendo a lo largo de más de medio siglo, en todos mis viajes a París: Francia ha cambiado mucho en todo este tiempo, pero no en la perfecta dicción y entonación de estos comediantes que convierten en conciertos las representaciones de sus clásicos.

Vine también ahora y me encontré que la Gran Sala Richelieu estaba cerrada por trabajos en la cúpula que tomarán todavía más de un año. Para reemplazarla se ha construido en el patio del Palais Royal un auditorio provisional muy apropiadamente llamado el *Théâtre Éphémère.* El local es precario, el frío siberiano de estos días parisinos se cuela por los techos y rendijas y los acomodadores (nunca había visto algo semejante) nos reparten a los ateridos y heroicos espectadores unas gruesas mantas para protegernos del resfrío y la pulmonía. Pero todos esos inconvenientes se esfuman cuando se corre el telón, comienza el espectáculo y el genio y la lengua de Molière se adueñan de la noche.

Se representa *Le Malade imaginaire*, la última obra que escribió Jean-Baptiste Poquelin, que haría famoso el nombre de pluma de Molière, y en la que estaba actuando él mismo la infausta tarde del 17 de febrero de 1673, en el papel de Argan, el enfermo imaginario, víctima de lo que los fisiólogos de la época llamaban deliciosamente “la melancolía hipocondríaca”. Era la cuarta función y el teatro llamado entonces del Palais Royal estaba repleto de nobles y burgueses. A media representación el autoritario y delirante Argan tuvo un acceso de tos interminable que, sin duda, los presentes creyeron parte de la ficción teatral. Pero no, era una tos real, cruda, dura e inesperada. La función debió suspenderse y el actor, llevado de urgencia a su casa vecina con una vena reventada por la violencia del acceso, fallecería unas cuatro horas después. Había cumplido 51 y, como no tuvo tiempo de confesarse, los comediantes de la compañía formada y dirigida por él, junto con su viuda, debieron pedir una dispensa especial al arzobispo de París para que recibiera una sepultura cristiana.

Buena parte de esos 51 años de existencia se los pasó Molière viviendo no en la realidad cotidiana sino en la fantasía y haciendo viajar a sus contemporáneos —campesinos, artesanos, clérigos, burócratas, comerciantes, nobles— al sueño y la ilusión. Las milimétricas investigaciones sobre su vida de ejércitos de filólogos y biógrafos a lo largo de cuatro siglos arrojan casi exclusivamente las idas y venidas del actor J.B. Poquelin a lo largo de los años por todas las provincias de Francia, actuando en plazas públicas, patios, atrios, palacios, ferias, jardines, carpas, y, luego de su instalación en París, escribiendo, dirigiendo y encarnando a los personajes de obras suyas y ajenas de manera incesante. Y, cuando no lo hacía, contrayendo o pagando deudas de los teatros que alquilaba, compraba o vendía, de tal modo que, se puede decir, la vida de Molière consistió casi exclusivamente —además de casarse con una hija de su amante y producir de paso unos vástagos que solían morirse a poco de nacer— en vivir y difundir unas ficciones que eran unos espejos risueños y

deformantes, y, a veces, luciferinamente críticos de la sociedad y las creencias y costumbres de su tiempo.

La vida de Molière consistió casi exclusivamente en vivir y difundir unas ficciones que eran unos espejos risueños y deformantes, y, a veces, luciferinamente críticos de la sociedad

Llegó a ser muy famoso y considerado por unos y otros el más grande comediante de la época, insuperable en el dominio de la farsa y el humor, pero, detrás de la risa, la gracia y el ingenio que a todos seducían, sus obras provocaron a veces violentas reacciones de las autoridades civiles y eclesiásticas —el *Tartufo* fue prohibido por ambas en varias ocasiones— y el propio Luis XIV, que lo admiraba e invitó a su compañía a actuar en Versalles y en los palacios de París y alrededores ante la corte, y fue a menudo a aplaudirlo al teatro del Palais Royal, se vio obligado también en dos ocasiones a censurar las mismas obras que en privado había celebrado.

El enfermo imaginario no tiene la complejidad sociológica y moral del *Tartufo,* ni la chispeante sutileza de *El Avaro*, ni la fuerza dramática de *Don Juan*, pero entre el melodrama rocambolesco y la leve intriga amorosa hay una astuta meditación sobre la enfermedad y la muerte y la manera como ambas socavan la vida de las gentes.

Cuando escribió la obra, estaba de moda —él había contribuido a fomentarla— incorporar a las comedias números musicales y de danza —el propio Rey y los príncipes acostumbraban a acompañar a los bailarines en las coreografías— y la estructura original de *El enfermo imaginario* es la de una opereta, con coros y bailes que se entrelazan constantemente con la peripecia anecdótica. Pero en este excelente montaje del fallecido Claude Stratz, esas infiltraciones de música y ballet se han reducido, con buen criterio, a su mínima expresión.

Paso dos horas y media magníficas y, casi tanto como lo que ocurre en el escenario, me fascina el espectáculo que ofrecen los espectadores: su atención sostenida, sus carcajadas y sonrisas, el estado de trance de los niños a los que sus padres han traído consigo abrigados como osos, las ráfagas de aplausos que provocan ciertas réplicas. Una vez más compruebo, como en mis años mozos, que Molière está vivo y sus comedias tan frescas y actuales como si las acabara de escribir con su pluma de ganso en papel pergamino. El público las reconoce, se reconoce en sus situaciones, caricaturas y exageraciones, goza con sus gracias y con la vitalidad y belleza de su lengua.

Viene ocurriendo aquí hace más de cuatro siglos y ésa es una de las manifestaciones más flagrantes de lo que quiere decir la palabra civilización: un ritual compartido, en el que una pequeña colectividad, elevada espiritual, intelectual y emocionalmente por una vivencia común que anula momentáneamente todo lo que hay en ella de encono, miseria y violencia y exalta lo que alberga de generosidad, amplitud de visión y sentimiento, se trasciende a sí misma. Entre estas vivencias que hacen progresar de veras a la especie, ocupa un papel preponderante aquello a lo que Molière dedicó su vida entera: la ficción. Es decir, la creación imaginaria de mundos donde podemos refugiarnos cuando aquel en el que estamos sumidos nos resulta insoportable, mundos en los que transitoriamente somos mejores de lo que en verdad somos, mundos que son el mundo real y a la vez mundos soberanos y distintos, con sus leyes, sus ritmos, sus valores, su música, sus ideas, sostenidos por una conjunción milagrosa de la fantasía y la palabra.

Pocos creadores de su tiempo ayudaron tanto a los franceses, y luego al mundo entero, como el autor de *El enfermo imaginario*, a salir de los quebrantos, las infamias, la coyunda y las rutinas cotidianas y a transformar las amarguras y los rencores en alegría, esperanza, contento, a descubrir la solidaridad y la importancia de los rituales y las formas que desanimalizan al ser humano y lo vuelven menos carnicero. La historia, más que una lucha de religiones o de clases, ha opuesto siempre esos pequeños espacios de civilización a la barbarie circundante, en todas las culturas y las épocas y a todos los niveles de la escala social. Uno de esos pequeños espacios que nos defienden y nos salvan de ser arrollados del todo por la estupidez y la crueldad oceánicas que nos rodean es éste que creó Molière en el corazón de París y no hay palabras bastantes en el diccionario para agradecérselo como es debido.

© *Derechos mundiales de prensa en todas las lenguas reservados a Ediciones EL PAÍS, SL*,
12 de febrero de 2012 © Mario Vargas Llosa, 2012, pág. 29.

II. Llegó el momento de inventar el libro — Juan Villoro

Qué pasaría si la mayor novedad cultural no fuera digital, sino producto de la imprenta? Tal la hipótesis que plantea el escritor mexicano

¿Qué tan novedoso debe ser un invento? La importancia de un producto suele depender de su capacidad de sustituir a otro. La tecnología necesita contrastes; sus aportaciones se miden en relación con lo que había antes. El inventor es el hombre que llega después.

Lo nuevo existe en serie: es la última parte de una secuencia, requiere de algo que lo anteceda. Esto lleva a una pregunta: ¿Podemos inventar hacia atrás? ¿Qué pasa si le asignamos otro orden a la historia de la técnica?

Imaginemos una sociedad con escritura y alta tecnología, pero sin imprenta. Un mundo donde se lee en pantallas y se dispone de muy diversos soportes electrónicos. Abundan los receptores de textos e incluso se han diseñado pastillas con resúmenes de libros y métodos hipnóticos para absorber documentos. Esa civilización ha transitado de la escritura en arcilla a los procesadores de palabras sin pasar por el papel impreso. ¿Qué sucedería si ahí se inventara el libro? Sería visto como una superación de la computadora, no sólo por el prestigio de lo nuevo, sino por los asombros que provocaría su llegada.

Los irrenunciables beneficios de la computación no se verían amenazados por el nuevo producto, pero la gente, tan veleidosa y afecta a comparar peras con manzanas, celebraría la ultramodernidad del libro.

Después de años ante las pantallas, se dispondría de un objeto que se abre al modo de una ventana o una puerta. Un aparato para entrar en él.

Por primera vez el conocimiento se asociaría con el tacto y con la ley de gravedad. El invento aportaría las inauditas sensaciones de lo que sólo funciona mientras se sopesa y acaricia. La lectura se transformaría en una experiencia física. Con el papel en las manos, el lector advertiría que las palabras pesan y que pueden hacerlo de distintos modos.

La condición portátil del libro cambiaría las costumbres. Habría lectores en los autobuses y en el metro, a los que se les pasaría la parada por ir absortos en las páginas (así descubrirían que no hay medio de transporte más poderoso que un libro).

La variedad de ediciones fomentaría el coleccionismo; los pretenciosos podrían encuadernar volúmenes que no han leído y los cazadores de rarezas podrían buscar títulos esquivos y acaso inexistentes. Sólo los tradicionalistas extrañarían la primitiva edad en que se leía en pantalla.

En su variante de bolsillo, el libro entraría en la ropa y sería llevado a todas partes. Esta ubicuidad fomentaría prácticas escatológicas en las que no nos detendremos. Baste decir que acompañaría a quienes necesitaran de distracción para ir al baño.

Las más curiosas consecuencias del invento tardarían algún tiempo en advertirse. Una de ellas está al margen de la ciencia y la comprobación empírica, pero sin duda existe. El libro se mueve solo. Lo dejas en el escritorio y aparece en el buró; lo colocas en la repisa de los poetas románticos y emerge en un coloquio de helenistas. Las bibliotecas no conocen el sosiego.

El hecho de que incluso los tomos pesados se desplacen sin ser vistos representaría un misterio menor, como el de los calcetines a los que se les pierde un par en el camino a la azotea, si no fuera porque los libros se mueven por una causa: buscan a sus lectores o se apartan de ellos. Hay que merecerlos. El *password* de un libro es el deseo de adentrarse en él.

Las pantallas son magníficas, pero les somos indiferentes. En cambio, los libros nos eligen o repudian.

Otras virtudes serían menos esotéricas. ¡Qué descanso disponer de una tecnología definitiva! El sistema operativo de un libro no debe ser actualizado. Su tipografía es constante. Eso sí: su mensaje cambia con el tiempo y se presta a nuevas interpretaciones.

Para quienes vivimos en tristes ciudades en las que se va la luz, como México D.F., el libro representa un motor de búsqueda que no requiere de pilas ni electricidad.

Qué alegrías aportaría el inesperado invento del libro en una comunidad electrónica. Después de décadas de entender el conocimiento como un acervo interconectado, un sistema de redes, se descubriría la individualidad. Cada libro contiene a una persona. No se trata de un soporte indiferenciado, un depósito donde se pueden borrar o agregar textos, sino de un espacio irrepetible. Llevarse un libro de vacaciones significaría empacar a un sueco intenso o a una ceremoniosa japonesa.

Con el advenimiento del libro, la gente se singularizaría de diversos modos. Esto tendría que ver con los plurales contenidos y la manera de leerlos, pero también con el diseño. Los fetichistas podrían satisfacer anhelos que desconocían.

¿Hasta dónde podemos apropiarnos de un artefacto? El libro es el único aparato que se inventó para ser dedicado, ya sea por los autores o por quienes lo regalan. Qué extraño sería instalar un programa de Word que comenzara con una cariñosa dedicatoria a la esposa de Bill Gates. En cambio, el libro llegó para ser firmado y para escribir un deseo en la primera página.

Las novedades deslumbran a la gente. El libro ya cambió al mundo. Si se inventara hoy, sería mejor.

Para LA NACION - México D.F., 2009
ADN, 3 de octubre de 2009, pág.18.
© LA NACION

III. Quizá no tan pasada de moda — Javier Marías

Sí, he insistido ya tanto que hasta acaba de "sobrevenirme" un libro de casi doscientas páginas, *Lección pasada de moda,* con mis artículos relativos a cuestiones de lengua. El título peca de pesimista, a juzgar por las vehemencias que ha suscitado el magnífico informe de Ignacio Bosque "Sexismo lingüístico y visibilidad de la mujer",[1] que suscribieron mis colegas de la RAE en el pleno del 1 de marzo y que yo habría también suscrito de haber asistido a él. Unos días después, el incansable Winston Manrique me llamó de este diario para preguntarme por qué creía que estos asuntos levantaban tantas pasiones, y le respondí lo mejor que supe. Intentaré ampliar y precisar aquí un poco mis improvisadas palabras de entonces.

La lengua es lo único que poseemos todos, incluso en las peores circunstancias. La tienen por igual los pobres y los ricos, los sabios y los ignorantes, los sanos y los enfermos, los de izquierdas y los de derechas. Cada uno de una manera distinta, claro está, y con un grado de dominio diferente. Pero todos hablamos, y además hablamos sin parar, y aun escribimos sin parar de nuevo, pues no otra cosa hacemos con los SMS y en las redes sociales. A quien nada le queda, le quedan la lengua y el habla, que le sirven para mendigar o para maldecir, para lamentarse y, sobre todo, para contar sus males a quien quiera escucharselos. Contar es el mayor alivio, aunque raramente solucione nada. Pero no es poco poder desahogarse, en medio de las calamidades. Utilizamos la lengua para mostrar nuestro afecto y para insultar, para defendernos y atacar, para persuadir y disuadir, aconsejar, inducir, advertir, convencer, argumentar, quejarnos, amenazar, rebelarnos y protestar, para amar y odiar. Para expresarnos y comunicarnos con los demás, también para explicarnos lo que nos pasa. Y, siendo la lengua común, y perteneciendo a todos y a nadie, no hay dos hablas idénticas. La manera de hablar de cada persona es tan única como nuestras huellas dactilares. Quien más quien menos tiene preferencia por ciertas construcciones y vocablos, o bien les profesa aversión y los evita. Tenemos tics, o afición a determinadas locuciones y términos, algunos son inconscientes y "heredados", otros elegidos y deliberados. Incluso podemos cambiar de registro según con quién estemos hablando: un adolescente no se dirige de la misma forma a sus compañeros que a sus padres o abuelos, por poner un solo ejemplo. Es lo que se ha llamado "traducción intralingüistica", es decir, a veces nos traducimos a nosotros mismos (nuestra manera habitual de expresarnos) dentro de la misma lengua (para que nuestro interlocutor nos entienda mejor o no desconfíe o no nos rechace). La lengua la sentimos como algo tan personal y propio -en verdad tan íntimo, aunque la compartamos con todos- que vemos como una injerencia intolerable, una intromisión y una agresión, cualquier tentativa de dirigirla, manipularla, uniformarla o "guiarla", no digamos de imponernos fórmulas artificiales "desde arriba". Son atentados a nuestra libertad: no se olvide, hablar -con prudencia- es lo único que les ha quedado a los pueblos sometidos a dictaduras y tiranías. Hablar como a cada cual le parezca es irrenunciable.

La Academia no impone nada. No está en su mano, como tampoco multar ni enviar a nadie a la cárcel por hablar como un perro (las prisiones estarían abarrotadas de políticos y tertulianos). Sugiere, orienta, aconseja, despeja dudas, dice qué *juzga* correcto o incorrecto desde un punto de vista gramatical u ortográfico o léxico. Alguna gente la escucha y la mayoría no le hace ni caso. Todo el mundo seguirá siempre diciendo lo que le venga en gana, sin consecuencias. Y si algo en principio incorrecto cuaja y prospera a lo largo de suficientes años, la RAE se plegará a la tácita decisión del conjunto y lo aceptará como correcto. Su misión principal es registrar, tomar nota, ponderar los cambios espontáneos y masivos, y a la larga adoptarlos. Lo que la RAE no hace, a diferencia de otros colectivos e

[1] Puede consultarse el texto completo en internet

instituciones, es forzar, manipular, dictar leyes, incurrir en el dirigismo. Todo forzamiento y dirigismo son percibidos por los hablantes como intrusiones inadmisibles. Hoy hay quienes "exigen" que el *Diccionario* suprima acepciones que no les gustan, desde "jesuítico" hasta "judiada". La RAE no puede hacer eso, porque se limita a recoger lo que los castellanohablantes han dicho y escrito a lo largo de los siglos, y no está facultada para censurar. Tras la eliminación de esos vocablos podría venir la de todos los tacos o palabras "malsonantes", como sucedía en tiempos de Franco, si a los puritanos les diera por "exigir" eso.

No me resisto a acabar con algo que ya recordé hace mucho: hay quienes se niegan a decir "el hombre" y optan por "género humano" o "ser humano". Son muy libres. Pero: a) ¿Por qué aceptan el adjetivo "humano", que se deriva del sustantivo "hombre"? Es tan contradictorio como rechazar "león" y aprobar "leonino". b) ¿Por qué no entienden que nuestra especie es llamada "el hombre" como otras son llamadas "la jirafa", "la cebra" o "la foca", sin que cada vez que nos referimos a ellas hayamos de aclarar que también incluimos a los "jirafos", "cebros" y "focos"? c) Ya que a menudo se invocan remotas etimologías para "condenar" un vocablo por "sexista", ¿por qué no se tiene en cuenta que "hombre" proviene indirectamente de *"humus",* en latín "tierra", lo más neutro que imaginarse cabe, y que los romanos empleaban sobre todo *"vir"* ("varón") para el individuo masculino de la especie?

El País Semanal, 25 de marzo de 2012, pág. 106.

IV. La imaginación ayuda a ser feliz en Navidad — Tomás Eloy Martínez

Dos regalos de Navidad nunca se han borrado de mis memorias de infancia: el circo y los libros. El circo era la única distracción posible en Tucumán los 25 de diciembre, cuando un sol húmedo de cuarenta grados caía sobre la ciudad indefensa. Los cines y las confiterías cerraban sus persianas y nadie osaba salir a la calle. Pero el circo, que no podía permitirse el lujo del descanso, abría sus puertas de lona a las nueve de la noche aunque hubiera temblores, tempestades o fiestas nacionales.

Ya ni me acuerdo de quién me regalaba en las Navidades la infaltable entrada para el circo. Sólo recuerdo la carpa desarrapada que se alzaba tras un cerco de guirnaldas en las tierras bajas de la ciudad y las piruetas predestinadas al fracaso de unos perros muy flacos, sin pelos –perros que sólo he visto en las tierras calientes–, después de las cuales comenzaba lo que en verdad era para mí el circo de entonces: una obra de teatro.

El repertorio cambiaba todos los días, pero la escenografía y los actores eran siempre los mismos. Los árboles mueren de pie de las Navidades eran El rosal de las ruinas del Año Nuevo, y El puñal de los troveros de fines de noviembre se convertía en las Bodas de sangre de mediados de marzo. Tampoco la música, hasta donde recuerdo, variaba. El trombón y los dos violines de la precaria orquesta repetían en monótona sucesión la Danza de las horas, de Amilcare Ponchielli, la obertura de Guillermo Tell y el movimiento lento de la sinfonía en re menor de César Franck. Las representaciones teatrales terminaban siempre con alguna muerte trágica, el auditorio lloraba al unísono y, al cabo de un rato, los actores componían un cuadro vivo que los mostraba a todos en el cielo, sudando a mares bajo una lámpara de doscientos vatios.

Sé que ninguno de los dramones representados en el circo respetaba los textos tal como habían sido escritos. Romeo y Julieta no vivían en Verona, sino en Roma, porque así lo anunciaba el cartelón con el que empezaba la obra. Julieta moría tísica, como la dama de las camelias, y no suicidándose con una daga, como en la tragedia de Shakespeare. Romeo, en cambio, no moría. Ciego de dolor, se encaminaba al palacio de los Capuleto –que era un armario de cocina– y allí degollaba a todos los parientes y a la servidumbre de su amada.

De esas violaciones a los textos originales, que eran también transfiguraciones de lo real, nació el deseo de ser alguna vez un escritor. Pero ese deseo nació también de dos libros que fueron regalos de Navidad.

Tendría yo once o trece años, cuando un arquitecto italiano que pasó por Tucumán dejó en manos de mi padre uno de los mejores libros que existen en este mundo. Es una obra rara, que reproduce las estampas devotas pintadas a mano, hace casi seis siglos, por orden del duque Jean de Berry. En verdad tampoco es un libro sino dos: el primero, elaborado entre 1409 y 1412 por tres célebres miniaturistas flamencos –los hermanos Limbourg–, ha pasado a la historia con el título de Las bellas horas; el segundo, que data de 1413 a 1416, se llama Las muy magníficas horas (Les très riches heures). El volumen que le dieron a mi padre era este último.

Pasé varios meses encandilado con las figuras de oro y los cielos azul Francia que estimulaban la piedad del duque de Berry. Cada lámina refleja algunas de las historias de la Biblia. Pero, como en el circo de mis navidades anteriores, lo que cuentan es una transfiguración (o, si se prefiere, una traición) de los textos originales.

Dos ejemplos lo prueban: la Galilea pintada por los hermanos Limbourg es una sucesión de torres flamencas y castillos góticos a orillas de ríos inmaculados. La Virgen está siempre vestida de terciopelo, como Genoveva de Brabante, y el día en que presenta a Jesús en el templo la reciben cuatro arzobispos de cabeza tonsurada, en el atrio de una basílica que se parece a Nuestra Señora de París. Esos maravillosos anacronismos de la imaginación

cristiana me parecían, en aquel tiempo, la quintaesencia de la verdad, a tal punto que, cuando visité Jerusalén por primera vez, muchos años más tarde, pensé que me había confundido de ciudad. Nada de lo que veía se asemejaba a Las muy magníficas horas del duque de Berry y yo prefería creer que la realidad me estaba mintiendo, no el libro.

La noche de Navidad de mis quince años mi padre me dejó aquel ejemplar bajo la almohada, con un mensaje que decía tan sólo: “Ahora es tuyo”. No sé qué se hizo del ejemplar, pero el mensaje todavía viaja conmigo de un lado a otro.

El más inolvidable de los regalos fue, sin embargo, el que me hicieron al año siguiente. Yo había comenzado a leer con frenesí las ficciones de Julio Verne y, entre Dos años de vacaciones y Un capitán de quince años, fui a dar, no sé cómo, en Los tres mosqueteros, de Alejandro Dumas. Sucumbí a uno de esos deslumbramientos que sólo se curan con otro libro aún mejor. Los héroes de Verne me habían acostumbrado a un mundo plano, donde el mal y el bien son previsibles. La Milady y el Richeleu de Dumas me revelaron, en cambio, que nada es como parece.

Cuando llegó la Navidad y mis padres me preguntaron qué quería que me regalaran, les contesté sin pensarlo dos veces: otro libro de Alejandro Dumas. Supuse que elegirían Veinte años después. Me dieron, en cambio, los tres tomos de El conde de Montecristo. No podían haber pensado en algo mejor. He leído más de seis veces esa novela de mil doscientas páginas, y creo que la razón secreta por la que aprendí francés a los diecisiete años fue para poder leerla de nuevo con las mismas palabras con que Dumas y su colaborador, Auguste Maquet, la habían escrito entre 1844 y 1845.

Nunca fue, sin embargo, igual a la primera vez. Aún me veo a mí mismo la víspera de aquel año nuevo con El conde de Montecristo, yendo de un lado a otro por la casa de grandes patios sin poder apartar los ojos de las páginas. Me recuerdo avasallado por pasiones humanas que jamás se han alzado con tanta intensidad como en ese libro. Admiraba el perfecto afán de venganza de Edmond Dantès, que espera media vida pudriéndose en la prisión de If para salir de allí no muerto, sino envuelto en la mortaja de los condenados. No hay parábola tan perfecta como la de Dantès. Al regresar a su ser, recuerda que tres hombres han contribuido a su caída: uno por celos, otro por ambición y el tercero por rivalidad amorosa. Convertido en Montecristo, Dantès se venga de ellos sumiéndolos en la ruina, en la locura y en la muerte. La estructura es impecable y, siglo y medio después, no ha envejecido, a pesar de los embates de la televisión argentina. Volví a leer el libro hace dos navidades y pienso leerlo de nuevo la Navidad que viene. Ni una sola vez me ha defraudado. Otras novelas únicas llegaron a mis manos en esas curvas del fin de año. La adolescencia me deparó El proceso, de Kafka; La montaña mágica, de Thomas Mann; Luz de agosto, de Faulkner, y La vida breve, de Onetti; en la primera juventud descubrí a Joyce, a Flaubert, a Borges. Ninguna de esas definitivas experiencias de lectura ha sido comparable, sin embargo, a mi encuentro de amor con El conde de Montecristo. Cada vez que llegan los fines de año, no puedo apartar de mí el recuerdo de los circos, donde Julieta moría como Margarita Gautier, ni las imágenes fulminantes de Montecristo regresando a Marsella con la venganza en el alma. Para cada ser humano de esta orilla del mundo, la Navidad significa algo diferente: familia, regalos, desvelos. Para mí, siempre ha sido un gran relato. Y en eso, creo, reside su felicidad. .

adn, pág., 6 de febrero de 2010 La Nación (periódico)-Argentina, pág. 16.

V. Aparcar el oído

Pablo Salvador Coderch

Cuando no al tiento, es decir, al primer toque, al segundo o hasta al tercero. Ustedes los habrán visto muchas veces, a conductores españoles quienes, más que aparcar su automóvil entre otros dos y en la calle, se hacen sitio a golpe de parachoques. Las ayudas electrónicas han logrado aliviar esta manifestación atávica del descuido nacional por todo lo que nos es ajeno, pero son impotentes contra la salida en tromba de ocupantes de vehículos que abren sin mirar las portezuelas de los suyos hasta que ya no pueden más porque ya han golpeado las de sus vecinos. Si no me creen, interrumpan la lectura de este artículo y bajen al aparcamiento para contar las marcas que la ineducación ha dejado en su propio coche, un acabado *martelé* idiosincráticamente nacional.

Estas cosas no ocurren por necesidad. Por viejo, uno es viajado y se lo puede contar. Si visitan Manhattan, verán que sus habitantes, después de haber aparcado en la calle, comprueban inmediatamente si han dejado espacio suficiente delante y detrás de su coche para que sus vecinos puedan *desaparcar* los suyos. O en las ciudades alemanas, en las cuales es frecuente aparcar los coches en batería, el uno junto al otro y ocupando media acera, pero donde nunca he visto salir a un conductor abriendo de oído la portezuela de su auto. Y si hay un percance, su responsable deja una nota en el parabrisas del vecino. Luego, en invierno, muchos motoristas dejan aparcadas sus motocicletas en la calle con la lona puesta: no las roban. En los aparcamientos interiores de Frankfurt, es frecuente reservar para las mujeres las plazas más próximas a la entrada (*Frauenparkplätze*).

Pero la práctica social más fascinante de la que tengo noticia -ustedes me ayudarán a conocer otras que la superan- tiene lugar cada invierno, tras una fuerte nevada, en las calles de ciudades del Norte de los Estados Unidos de América. Tras la tormenta, verán aparecer a docenas de vecinos provistos de sendas palas, quienes extraerán la nieve de alrededor de su automóvil, dejarán expedita la plaza y colocarán sobre ella un objeto, una silla rota o -aún peor- de plástico y de colores desapacibles, un tiesto con una planta espantosamente muerta, o una mesa que ya no se tenía en pie. Allí, la norma social es que la plaza es de quien se la trabaja y el objeto puesto sobre ella advierte a otros conductores de que el aparcamiento tiene un dueño temporal, hasta que la nieve se funda. Los infractores o los viajeros ignorantes de que, en Chicago, el aparcamiento es de quien lo ha rescatado de la nieve, pueden encontrarse con su coche, indebidamente aparcado a costa del sudor ajeno, rayado o con un par de neumáticos desinflados. Esta convención social hace las delicias de mis colegas empeñados en mostrar a sus estudiantes cómo las prácticas culturales son más importantes que las reformas legales (Susan Silbey: *"J. Locke, op. cit.: Invocations of Law on Snowy Streets"*, disponible en la red).

Pueden criticarlas, por supuesto, pues no es obvio que los vecinos puedan apropiarse temporalmente de un espacio público -la calle, que es de todos- por el procedimiento de excavar una plaza de aparcamiento. Pero son prácticas propias de culturas productivas. La silla de plástico rojo sangre sobre la plaza recién liberada de nieve proclama ante la comunidad que alguien se ha molestado en hacer cosas útiles y que nadie había hecho antes.

En las culturas latinas conozco prácticas aparentemente similares, pero que son puramente extractivas, propias de quienes conocemos mil maneras de trasladar recursos de un lugar a otro, de cambiarlos de mano, sin necesidad de producir nada útil por el camino.

Así, cualquier viajero que haya visitado Sevilla con su coche habrá sido advertido perentoriamente por sus resignados habitantes de la cultura de los *gorrillas*, aparcacoches que les indican dónde hay plazas libres en la calle y les ofrecen protección a cambio de una propina. Pero si declinan el servicio, pueden encontrarse luego con su coche rayado. He visto lo mismo en otras culturas hispanas. En México, por ejemplo, a los aparcacoches les llaman "franeleros" y, a la hora de tratar con ellos, aconsejo perspicacia, prudencia y

paciencia. Siempre llama mi resignada atención la falta de relación de este último tipo de prácticas con cualquier género de actividad que añada valor a la comunidad, son redistributivas y rozan la extorsión. Hasta para los detalles más pequeños de nuestra vida cotidiana, este país necesita educación. El derecho es poca cosa, créanme.

5

El País, 26 de febrero de 2012, pág. 29.

VI. La moral del silencio — Javier Cercas

Ocurrió en Sevilla, en la primavera de 1984. Italo Calvino y su mujer, Chichita, se hallaban en la cuidad; también estaba allí Jorge Luis Borges. Un día Borges recibe en su hotel a un grupo de amigos, entre ellos el matrimonio Calvino. Mientras Chichita, que es argentina, conversa con Borges, que lleva muchos años ciego, Calvino se mantiene aparte, sin pronunciar palabra, hasta que Chichita se siente en la obligación de advertir:"Borges, Italo también está aquí…" Apoyado en el bastón, Borges levanta la barbilla y dice con suavidad:"Lo he reconocido por el silencio".

Cuenta la anécdota Ernesto Ferrero en un libro extraordinario y todavía inédito en castellano: *Il migliori anni della nostra vita.* En cuanto al tenaz laconismo de Calvino, no era sólo un rasgo de carácter, sino también una elección ética; a direfencia de Platón, que desconfiaba de la palabra escrita, Calvino desconfiaba de la palabra hablada – para él, un esbozo balbuceante de la otra- y, en una carta a Domenico Rea, razonó su rechazo a la verbosidad con argumentos estilísticos y polémicos- aspiraba a convencer a quienes se pasan la vida hablando "de su propia cara y de su alma" de que no dicen más que "cosas vanas e inconvenientes"-, pero sobretodo morales:" porque lo creo un buen método para comunicar y conocer, mejor que cualquier expansión incontrolada a engañosa". Quizá sólo Karl Kraus lo dijo mejor:" Quien calla una palabra es su dueño; quien la pronuncia, un esclavo". Pensé en todo estos mientras semanas atrás se rompía en la prensa el silencio sobre el último amor de García Lorca. Muchos recordarán la hitoria. En julio de 1936, Lorca mantiene desde hace tiempo un idilio apsasionado y confidencial con un joven de 19 años lllamado Juan Ramírez de Lucas, quizá inspirador o destinatario de los *Sonetos del amor oscuro,* o de algunos de ellos. Tal vez atraído por la posibilidad de vivir su amor con plenitud, Ramírez de Lucas y Lorca deciden viajar juntos a América, pero antes el primero, a quien faltan tres años para llegar a la mayoría de edad (entonces sólo se alcanzaba a los 21), debe pedir permiso a su padre, y los dos hombre se separan: Lorca va a Granada, con su familia, y Ramírez de Lucas, a Albacete, con la suya. Conocemos el resto de la historia: la separación, que tiene que ser temporal, se convierte en permanente porque el poeta es víctima de un asesinato que a su vez se convierte en el emblema perfecto de lo más vil que ha dado este país. Conmocionado, Ramírez de Lucas guarda silencio; un silencio de hierro, blindado incluso contra la curiosidad de algunos eruditos lorquianos que siguen su pista, hasta su muerte en 2010, 74 años después de aquel episodio espantoso. Pero, como han escrito en este periódico Amelia Castilla y Luis Magán, a pesar de la discreción, "Ramírez de Lucas no quiso que la memoria de su gran amor de juventud (…)se perdiera para siempre", y antes de morir entregó a una de sus hermanas el legado de su relación con Lorca, para que se hiciera público. Según Castilla y Magán, ahora la familia negocia la publicación de esos documentos, un material que incluye al parecer, cartas, dibujos, poemas y hasta un diario personal.

Hasta aquí los hechos. Ramírez de Lucas era un personaje notorio en el mundillo periodístico madrileño, un crítico de arte y arquitectura a quien sus conocidos describen como un hombre culto, apuesto, simpático, elegante y discreto; sin duda era un hombre de fiar, porque sólo un hombre de fiar es capaz de guardar un secreto como ese durante tres cuartos de siglo.

Los eruditos están contentos con que el secreto se haya desvelado. El escrito Manuel Francisco Reina, autor de una novela sobre el asunto, ha declarado:" ¡Que se acabe la vergüenza! Ya es hora de descorrer este velo de silencio que, por absurdas razones morales, lleva a la gente a destruir papeles históricos"; en consecuencia, reclama que el Estado pueda expropiar documentos privados de personajes históricos, para que los investigadores puedan usarlos. No sé si el novelista nos pone en guardia contra el riesgo de que la familia de Ramírez de Lucas decida no cumplir la voluntad del fallecido; si es así, es imposible no estar de acuerdo con él. Pero si se refiere al propio Ramírez de Lucas,

discrepo. Ramírez de Lucas fue el último amor de Lorca, pero mucho antes que eso fue un hombre, y como tal tenía todo el derecho del mundo a guardar silencio sobre cosas que le atañían a él antes que a nadie, a no pronunciar palabras que quizá corrían el riesgo de parecer vanas y engañosas (y que durante décadas fueron además peligrosas), a ser dueño y no esclavo de sus palabras. O, dicho con más claridad, no sólo no veo ninguna vergüenza en el silencio de Ramírez de Lucas, sino que, si fue voluntario y no obligado – y cuesta creer que no fuera voluntario durante 35 años de democracia-, me parece infinitamente más digno y más respetable que el respetable interés de los investigadores por reconstruir el mosaico atroz de los últimos meses de vida de uno de los mayores poetas del siglo XX.

El País Semanal, 24 de junio de 2012, pág.10.

VII. Cauces del neologismo

Fernando Lázaro Carreter

Es patente que la precisión de nombrar realidades nuevas constituye la primera causa para prohijar neologismos. Pugnan para ello dos soluciones: la hispanización o el simple empleo del extranjerismo. La primera se ve favorecida cuando el término ajeno admite un fácil acomodo fónico. O cuando se presta a calco, como fue el caso de *cuarto de estar, fin de semana o vestidor.* Cosas todas ellas que nuestra sociedad ha reclamado como suyas por necesitarlas como mejoras de su vivir. No digamos nada de la *luna de miel.*

Se conserva, en cambio, el vocablo de origen cuando no es fácil su sumisión a la fonología y fonética propias. Ahí están rondando desde hace muchos decenios, sin que reciban la bienvenida oficial, vocablos como *sandwich o croissant*, porque no se sabría como transcribir la pronunciación que les damos sin que ofendiera a los ojos. Y, sin embargo, son del todo necesarios, y no menos legítimos que *jardín o botón*, antiguos galicismos.

Pero el idioma no se detiene ante esas cuestiones cuando precisa un vocablo.Si la Academia no las admite, ello obedece a criterios que tendrá que revisar más pronto o más tarde; ya que si, por una parte, se dedicó a hispanizar, con *e-* protética , palabras como *estándar, eslogan o esprín,* no ha hecho lo mismo con *stop, spot, slip,* porque se resiste a que tales consonantes finales rematen palabras españolas. Sin embargo, los hablantes, incluidos los académicos, no les hacemos asco, porque son indispensables. Hispanizó *clip* como *clipe*, adelantándose otra vez en exceso, porque es probable que ningún hispanohablante haya escrito o dicho jamás *clipe* o *clipes.* [...]

Pero existe otra causa que ensancha el cauce abierto a muchos extranjerismos, hasta el punto de hacerlos necesarios: en grandes masas de población, se ha desarrollado una conciencia del matiz, que antes solo poseían las elites. Ello les permite valorar en el objeto rasgos diferenciales que va creando continuamente la moda, y que la publicidad difunde hasta el punto de hacerlos intensamente apetecibles. Un *short*, un *slip*, un *body*, unos bermudas, un *panty* o unos leotardos jamás serán confundidos con otras prendas interiores de similar factura o función.[...]

Los tradicionales huevos con tocino o torreznos, casi desechados por la dieta urbana moderna, reaparecieron transformados en huevos con *bacon*, que se diferencia por el tipo de corte y las vetas de magro. [...]

Existía el vaporizador o pulverizador para proyectar el líquido de un frasco en gotas muy menudas, apretando una perilla de goma; la cual fue sustituida por otro sistema de dispersión que funciona oprimiendo el tapón; la diferencia se marcó llamando *atomizador* al nuevo frasco, aunque siga vaporizando o pulverizando o, incluso, nebulizando igual que el de pera. Un libro de gran venta será *best-seller* si el *marketing* lo ha preparado para serlo; al verlo anunciado así, se abstendrán de adquirirlo, por principio, los lectores buenos- que no siempre coinciden con los buenos lectores-, al menos en Europa. Sin embargo, el término inglés posee mucho prestigio entre las gentes de poco discernimiento literario, que comprarán un *best-seller*, seguros de que con ellos cumplen con la cultura. [...]

Sin embargo, muchas veces ni siquiera existe diferencia en el objeto que justifique la adopción de otro nombre. De muy pocos años a esta parte, el remolque que se engancha a los automóviles como casa móvil, y que había cedido su nombre al francés *roulette,*ha pasado a denominarse *caravana*, conforme al inglés; nada ha importado que tal nombre contradiga tanto los sentidos que caravana ha tenido en castellano desde el siglo XIV.

Sencillamente, gusta más. Todas las Universidades que aspiraron antes a poseer un terreno acotado para reunir sus edificios, llamándolo Ciudad Universitaria según el modelo francés, lo denominan hoy *campus*, aunque en nada se parezca a las cuidadas y respetadas praderas de las Universidades americanas, y carezca de los perfectos servicios académicos y no académicos que estas suelen ofrecer en tales recintos. No cabe desdeñar, como causa de algunas innovaciones léxicas, este deseo mágico de poseer una cosa apropiándose de su nombre. Con ese método, nuestras autoridades educativas creen haber hecho una importante reforma, imponiendo a la inglesa los *departamentos*, las *áreas* de conocimiento, los *créditos*, los *masters*,

los diseños curriculares, etc. También el orinal se ha ennoblecido considerablemente al anglobautizarlo como *sanitario*. Año 1991

Fernando Lázaro Carreter, *El dardo en la palabra*, Galaxia Gutenberg- Círculo de lectores, España, 2001, pág. 580 y sig.

Tratamiento de los neologismo en el DPD

Pedro Luis Barcia

La limitación temporal que nos impone el rigor prudente del señor presidente de la AALE, obliga a ser lacedemónico en una cuestión peliaguda y compleja. Se nos acuerda la frase de Valéry. «Si a los bailarines de *ballet* —y ya estamos en tema con el uso de un galicismo crudo— se les obligara a usar zapatillas más pequeñas, inventarían pasos nuevos». Allá vamos con la apretadísima síntesis y Dios nos libre de una danza elefantina.

En el terreno de los neologismos debe distinguirse entre los generados en el seno de nuestra lengua, a partir de las estructuras morfológicas y semánticas del español, y los nacidos, tomados o motivados en lenguas extranjeras. En los dos casos cabe señalar que hay dos grandes tipos: los superfluos, por tanto suprimibles, y los necesarios o muy extendidos e impuestos, y aquí corresponde ir despacio.

Los hablantes y los escritores engendran nuevos vocablos a partir de los elementos naturales de la lengua, por diversos recursos: composición, derivación o parasíntesis. En todo caso convendría entrecomillarlos para que se advierta que se trata de una propuesta nueva. Si el uso los incorpora, se adoptan y lexicalizan y los diccionaristas los incluyen; tales, por ejemplo, **visor**, **programático** o **posmoderno.** Caso contrario, se pierden en la noche del idioma; por ejemplo, el bien plasmado **bolsillable**, que Ortega y Gasset usó, al inaugurar la Colección Austral, de Espasa Calpe, para reemplazar, con economía, a ***livre de poche*** y ***pocket book***.

El imprescindible neologismo **oralidad,** por ejemplo, lleva mucho tiempo de uso y aun no ha sido incluido en todos los diccionarios.

Pero el mayor caudal de neologismos en nuestra lengua ha provenido de lenguas extranjeras. Es un hecho natural en la vitalidad de los idiomas la existencia de estos préstamos y apropiaciones entre culturas cuyas lenguas entran en contacto. Los neologismos se tornan naturales, espontáneos. En el largo proceso histórico, desde el origen de nuestro romance, primero fueron los arabismos, galicismos y germanismos. A partir del siglo XV y a lo largo del XVI, los italianismos entraron de rondón en nuestras letras y en la conversación. Podemos recordar, para la prosa, las reflexiones del *Diálogo de la lengua,* de Juan de Valdés, y para la poesía sonetos que ironizaron sobre la inundación italiana, más que castálida. En el siglo XVIII y parte del XIX, la avalancha fue de galicismos. En nuestros días, merced a las ciencias, las técnicas, la administración, los estudios sociales y los deportes la infiltración penetrativa más firme es la de los anglicismos.

Estimamos que uno de los aportes más esclarecedores del *DPD* en este campo es la adopción de un conjunto de criterios para la consideración y tratamiento de los extranjerismos. Veámoslos abreviadamente.

Recordemos la distinción inicial: los extranjerismos superfluos y los necesarios o muy extendidos.

1. **Extranjerismos superfluos**. Son aquellos para los que existen vocablos equivalentes en español, absolutamente válidos y vigentes, lo que los hace innecesarios. El *DPD* ofrece las alternativas al lector. Veamos, por muestra, algunos ejemplos:

Para ***abstract*** existen «resumen», «extracto», «sinopsis», «sumario»; para ***attach* y *attachment,*** se propone «agregado», «anexo», «adjunto», «archivo» y aun, el veterano «anejo»; ***sponsor*** es sustituible por «auspiciante» o «patrocinador»; ***ombudsman*****,** por «defensor» (del pueblo o del consumidor); ***password*** es innecesario pues disponemos de «contraseña»; sugerimos evitar el omnipresente ***e-mail*** y usar «correo electrónico». Aunque estimamos que, dada la tendencia del uso actual, quedará solo «correo», pues al común se lo está designando «correo *postal*», como si necesitara de especificación, al ser desplazado por el electrónico.

El criterio asumido para estos casos superfluos es de pleno sentido común: usar los vocablos equivalentes de nuestro patrimonio léxico, en lugar de los foráneos.

2. **Extranjerismos necesarios o muy extendidos e impuestos.**

Son aquellos que no tienen equivalente en español y que, por tanto, no son sustituibles fácilmente por otras voces. Es el caso de ***leitmotiv, kitsch, software.*** «Motivo conductor», para el primero, además de ser menos económico, debe competir con una larga afirmación del término original impuesto en la música, en la literatura y luego ampliado a otros campos culturales. En cuanto a ***software,*** se ha propuesto «soporte», pero sin mucho éxito. Hay otros extranjerismos que se han difundido universalmente y afirmado en el uso, bien sea por prestigio, como es el caso de ***ballet, blues, jazz;*** o por efectos de la ubicua y sostenida publicidad, como es el caso de ***playboy.***

Habría dos criterios frente a ellos:

2.1. A los que han difundido y mantenido su grafía y su pronunciación originales —es el caso de los mencionados: ***software, ballet, blues, jazz,*** etc.—, se los escribe como extranjerismos crudos, es decir, se respeta su grafía original, pero, a la vez, se los destaca con alguna forma de relieve tipográfico —según los contextos en cursiva o negrita— para indicar que no pertenecen a la fisonomía ortográfica de nuestra lengua. Deberíamos, pues, escribirlos en cursiva, itálica o inglesa; personalmente, preferimos llamarla a esta letra «bastardilla», porque recuerda el origen bastardo de esos vocablos, ajenos a la paternidad del idioma español.

No obstante, pueden proponerse adaptaciones, que suelen leerse, como «chalé» (por ***chalet***), «cabaré» (por ***cabaret***), que ya figuran en el *DRAE*; y, aunque son infrecuentes, «balé», «blus», etc. Igual criterio puede aplicarse a casi todas las voces de la música en italiano: ***adagio, mezzosoprano***, etc.

2.2. A los que ya han adaptado o pueden adaptar su grafía y su pronunciación a las españolas, los pasamos de «crudos» a «cocidos». La adaptación se hace teniendo en cuenta el grado firme de la cohesión grafofonológica del español. Para estos casos se proponen dos soluciones posibles de tratamiento:

a. Mantenimiento de la grafía original pero con pronunciación española: «club», con una [u] plena, no [clab]; «chance», no ***chance***; «máster», no ***master***, vocablo del que nos adueñamos con la sola virgulilla del acento ortográfico; como también es el caso de «clóset», por ***closet***.

b. Adaptación de la grafía para reflejar la pronunciación original, de acuerdo con el sistema gráfico español: «escáner» (***scanner***), «zum» (***zoom***), «escúter», por ***scooter***; «pimpón», por ***ping-pong***; «pádel», por ***paddle***; «chucrut», por ***choucroute***; «lutier», por ***luthier***; «esmoquin», por ***smoking***; «placar», por ***placard***; «carné», por

carnet; «estrés», por ***stress***; «cruasán», por ***croissant***.
En algunos casos hay doble solución, según las regiones lingüísticas, lo que ratifica el respeto a la diversidad expresado en el espíritu del *DPD*: «búmeran» (en México, la Argentina y Ecuador) y «bumerán» (en España, y algunos países hispanoamericanos), por ***boomerang***; «béisbol» (en España y la Argentina) y «beisbol», agudo, (en Colombia, Venezuela, Cuba, México), por ***baseball,*** etc.

3. Hay un tercer criterio, y procedimiento acorde, que consiste en la traducción o calco. Se trata de un apropiamiento más directo, trayendo la materia a nuestro campo propio: ***mouse*** genera «ratón»; ***full-time*** se convierte en «tiempo completo» y ***air bag,*** en «bolsa de aire».

4. Cabe señalar que, en algunos casos, las distintas regiones han dado soluciones diferentes, adoptadas en el uso culto, al tratamiento de los extranjerismos, manejando uno u otro de los criterios señalados. Demos algunos casos: ***basketball*** fue adaptado como «básquetbol», en la Argentina, aplicando el criterio 2.2.b, e, incluso, «básquet»; en tanto, en México, con la aplicación del mismo procedimiento, han preferido la forma aguda: «basquetbol». En cambio, en España ha predominado el procedimiento 3, la traducción: «baloncesto».
   Otro caso en que conviven criterios diferentes en el uso normalizado es el de ***by-pass***. Unos países han preferido el criterio 2.2.b, y se lo han apropiado en «baipás». Otros, en cambio, prefieren la traducción por «puente coronario» o «derivación coronaria».

5. A los extranjerismos que en su lengua original se escriban con caracteres no latinos, deben aplicárseles los criterios de la transliteración correspondiente en la adaptación a nuestras fonética y grafía.

Cerramos nuestra exposición («toda síntesis es una desvirtuación del objeto sobre el que versa») con tres consideraciones de marco:

1. Las voces extranjeras nunca son señaladas con «bolaspa» (neologismo que bautiza al signo que indica incorrección en el *DPD*) porque su escritura es la correcta en su idioma original.

2. No debemos olvidar la distinción esencial entre extranjerismos superfluos y necesarios o impuestos.

3. Naturalmente, los hablantes son libres de usar en sus escritos cuantos extranjerismos crudos quieran, pero siempre debe escribírselos en bastardilla o cursiva porque son vocablos que no pertenecen a nuestra lengua.

4. Algunas de las soluciones sugeridas en el seno del *DPD* respecto del tratamiento de los extranjerismos, puede ser que no se documenten en el uso escrito, por lo menos, aún. Deben estimarse como propuestas con el objetivo de ayudar a integrar vocablos extranjeros sin que afecten la coherencia del sistema español. Por ejemplo, casos como «campin» **(camping)** o «trávelin» (**travelling**), con la supresión de la g final, en ambos casos, la acentuación esdrújula con acento ortográfico y simplificando la ll en l, en el segundo. Son soluciones acordes con la unidad fonética y gráfica del español. En este sentido, estas postulaciones son posibilidades que pueden o no adoptarse, su utilidad reside en que se plantea una duda y se sugiere una solución, y el hablante se hace consciente de una dificultad.

Después de tan tediosos distingos escriturarios, volvamos a la oralidad del juglar:
Estas son las nuevas en aquesta cuestión.
En este logar se acaba esta razón. http://www.rae.es/rae/gestores/

VIII Don Quijote de la Mancha

Miguel de Cervantes

Donde se cuenta la graciosa manera que tuvo don Quijote en armarse caballero [1]

Cap. III. Primera parte del ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha[b]

Y, así, fatigado deste pensamiento, abrevió su venteril y limitada cena; la cual acabada, llamó al ventero y, encerrándose con él en la caballeriza, se hincó de rodillas ante él, diciéndole:

—No me levantaré jamás de donde estoy, valeroso caballero, fasta que la vuestra cortesía me otorgue un don que pedirle quiero [2], el cual redundará en alabanza vuestra y en pro del género humano [3].

El ventero, que vio a su huésped a sus pies y oyó semejantes [*] razones, estaba confuso mirándole, sin saber qué hacerse ni decirle, y porfiaba con él que se levantase, y jamás quiso [4], hasta que le hubo de decir que él le otorgaba el don que le pedía.

—No esperaba yo menos de la gran magnificencia vuestra, señor mío —respondió don Quijote—, y así os digo que el don que os he pedido y de vuestra liberalidad me ha sido otorgado es que mañana en aquel día me habéis de armar caballero [5], y esta noche en la capilla deste vuestro castillo velaré las armas [6], y mañana, como tengo dicho, se cumplirá lo que tanto deseo, para poder como se debe ir por todas las cuatro partes del mundo [7] buscando las aventuras, en pro de los menesterosos, como está a cargo de la caballería y de los caballeros andantes, como yo soy, cuyo deseo a semejantes fazañas es inclinado.

El ventero, que, como está dicho, era un poco socarrón y ya tenía algunos barruntos de la falta de juicio de su huésped [8], acabó de creerlo cuando acabó de oírle [*] semejantes razones y, por tener que reír aquella noche, determinó de seguirle el humor; y, así, le dijo que andaba muy acertado en lo que deseaba y pedía y que tal [*] prosupuesto [9] era propio y natural de los caballeros tan principales como él parecía y como su gallarda presencia mostraba; y que él ansimesmo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo, buscando sus aventuras, sin que hubiese dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán [*], Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba y las Ventillas de Toledo y otras diversas partes [10], donde había ejercitado la ligereza de sus pies, sutileza de sus manos, haciendo muchos tuertos, recuestando muchas viudas [11], deshaciendo algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, finalmente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay casi en toda España [12]; y que, a lo último, se había venido a recoger a aquel su castillo, donde vivía con su hacienda y con las ajenas, recogiendo en él a todos los caballeros andantes, de cualquiera calidad y condición que fuesen, solo por la mucha afición que les tenía y porque partiesen con él de sus haberes [13], en pago de su buen deseo.

Díjole también que en aquel su castillo no había capilla alguna donde poder velar las armas, porque estaba derribada para hacerla de nuevo, pero que en caso de necesidad él sabía que se podían velar dondequiera y que aquella noche las podría velar en un patio del castillo, que a la mañana, siendo Dios servido, se harían las debidas ceremonias de manera que él quedase armado caballero, y tan caballero, que no pudiese ser más en el mundo.

Preguntóle si traía dineros; respondió don Quijote que no traía blanca [14], porque él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno los hubiese traído. A esto dijo el ventero que se engañaba, que, puesto caso que en las historias no se escribía [15], por haberles parecido a los autores dellas [*] que no era menester escrebir una cosa

tan clara y tan necesaria de traerse como eran dineros y camisas limpias, no por eso se había de creer que no los trujeron, y, así, tuviese por cierto y averiguado que todos los caballeros andantes, de que tantos libros están llenos y atestados, llevaban bien herradas las bolsas [16], por lo que pudiese sucederles, y que asimismo llevaban camisas y una arqueta pequeña llena de ungüentos para curar las heridas que recebían, porque no todas veces en los campos y desiertos donde se combatían y salían heridos había quien los curase, si ya no era que tenían algún sabio encantador por amigo, que luego los socorría, trayendo por el aire en alguna nube alguna doncella o enano con alguna redoma de agua de tal virtud [17], que en gustando alguna gota della luego al punto quedaban sanos de sus llagas y heridas, como si mal alguno hubiesen [*] tenido; mas que, en tanto que esto no hubiese [*], tuvieron los pasados caballeros por cosa acertada que sus escuderos fuesen proveídos de dineros y de otras cosas necesarias, como eran hilas y ungüentos para curarse [18]; y cuando sucedía que los tales caballeros no tenían escuderos —que eran pocas y raras veces— [19], ellos mesmos lo llevaban todo en unas alforjas muy sutiles, que casi no se parecían [20], a las ancas del caballo, como que era otra cosa de más importancia, porque, no siendo por ocasión semejante, esto de llevar alforjas no fue muy admitido entre los caballeros andantes; y por esto le daba por consejo, pues aun se lo podía [*] mandar como a su ahijado [21], que tan presto lo había de ser, que no caminase de allí adelante sin dineros y sin las prevenciones referidas [*], y que vería cuán bien se hallaba con ellas, cuando menos se pensase.

Prometióle don Quijote de hacer lo que se le aconsejaba, con toda puntualidad; y, así, se dio luego orden como velase las armas en un corral grande que a un lado de la venta estaba, y recogiéndolas don Quijote todas, las puso sobre una pila que junto a un pozo estaba [22] y, embrazando su adarga [23], asió de su lanza y con gentil continente [24], se comenzó a pasear delante de la pila; y cuando comenzó el paseo comenzaba a cerrar la noche.

Contó el ventero a todos cuantos estaban en la venta la locura de su huésped, la vela de las armas y la armazón de caballería que esperaba [25]. Admiráronse de tan estraño género de locura y fuéronselo [*] a mirar desde lejos, y vieron que con sosegado ademán unas veces se paseaba; otras, arrimado a su lanza, ponía los ojos en las armas, sin quitarlos por un buen espacio dellas. Acabó de cerrar la noche, pero con [*] tanta claridad de la luna, que podía competir con el que se la prestaba [26], de manera que cuanto el novel caballero hacía era bien visto de todos. Antojósele en esto a uno de los arrieros que estaban en la venta ir a dar agua a su recua [27], y fue menester quitar las armas de don Quijote, que estaban sobre la pila; el cual, viéndole llegar, en voz alta le dijo:

—¡Oh tú, quienquiera que seas, atrevido caballero, que llegas a tocar las armas del más valeroso andante que jamás se ciñó espada [28]! Mira lo que haces, y no las toques, si no quieres dejar la vida en pago de tu atrevimiento [*].

No se curó el arriero destas razones (y fuera mejor que se curara, porque fuera curarse en salud) [29], antes, trabando de las correas [30], las arrojó gran trecho de sí. Lo cual visto por don Quijote, alzó los ojos al cielo y, puesto el pensamiento —a lo que pareció— en su señora Dulcinea, dijo:

—Acorredme, señora mía, en esta primera afrenta que a este vuestro avasallado pecho se le ofrece; no me desfallezca en este primero trance vuestro favor y amparo [31].

Y diciendo estas y otras semejantes razones, soltando la adarga, alzó la lanza a dos manos y dio con ella tan gran golpe al arriero en la cabeza, que le derribó en el suelo tan maltrecho, que, si segundara con otro, no tuviera necesidad de maestro que le curara [32]. Hecho esto, recogió sus armas y tornó a pasearse con el mismo reposo que primero. Desde allí a poco, sin saberse lo que había pasado —porque aún estaba [*] aturdido el arriero—, llegó otro con

la mesma intención de dar agua a sus mulos y, llegando a quitar las armas para desembarazar la pila, sin hablar don Quijote palabra y sin pedir favor a nadie soltó otra vez la adarga y alzó otra vez la lanza y, sin hacerla pedazos [33], hizo más de tres la cabeza del segundo arriero, porque se la abrió por cuatro. Al ruido acudió toda la gente de la venta, y entre ellos el ventero. Viendo esto don Quijote, embrazó su adarga y, puesta mano a su espada, dijo:

—¡Oh señora de la fermosura, esfuerzo y vigor del debilitado corazón mío! Ahora es tiempo que vuelvas los ojos de tu grandeza a este tu cautivo caballero, que tamaña aventura está atendiendo [34].

Con esto cobró, a su parecer, tanto ánimo, que si le acometieran todos los arrieros del mundo, no volviera el pie atrás. Los compañeros de los heridos, que tales los vieron, comenzaron desde lejos a llover piedras sobre don Quijote, el cual lo mejor que podía se reparaba con su adarga [35] y no se osaba apartar de la pila, por no desamparar las armas. El ventero daba voces que le dejasen, porque ya les había dicho como era loco, y que por loco se libraría, aunque los matase a todos. También don Quijote las daba, mayores, llamándolos de alevosos y traidores [36], y que el señor [*] del castillo era un follón y mal nacido caballero [37], pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recebido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla [38], no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes [*], que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía [39].

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego [40], antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero [41] consistía en la pescozada y en el espaldarazo [42], según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que [*] él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto [43] aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano [44], trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros [45], y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas [46]; y, leyendo en su manual [47], como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda [48] alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe [*], y tras él, con su mesma espada, un gentil espaldarazo [49], siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas [50] que le ciñese la espada [51], la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía [*] la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides [52].

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo [53]. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo [54], que vivía a las tendillas [*] de Sancho Bienaya [55], y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa» [56]. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada [57]. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera [58]; a la cual [*] también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes [59].

Hechas, pues, de galope y aprisa [*] las hasta allí nunca vistas ceremonias [60], no vio la hora don Quijote de verse a caballo [61] y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y [*], abrazando [*] a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle [*] la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora [*][62].

y traidores [36], y que el señor [*] del castillo era un follón y mal nacido caballero [37], pues de tal manera consentía que se tratasen los andantes caballeros; y que si él hubiera recebido la orden de caballería, que él le diera a entender su alevosía:

—Pero de vosotros, soez y baja canalla [38], no hago caso alguno: tirad, llegad, venid y ofendedme en cuanto pudiéredes [*], que vosotros veréis el pago que lleváis de vuestra sandez y demasía [39].

Decía esto con tanto brío y denuedo, que infundió un terrible temor en los que le acometían; y así por esto como por las persuasiones del ventero, le dejaron de tirar, y él dejó retirar a los heridos y tornó a la vela de sus armas con la misma quietud y sosiego que primero.

No le parecieron bien al ventero las burlas de su huésped, y determinó abreviar y darle la negra orden de caballería luego [40], antes que otra desgracia sucediese. Y, así, llegándose a él, se desculpó de la insolencia que aquella gente baja con él había usado, sin que él supiese cosa alguna, pero que bien castigados quedaban de su atrevimiento. Díjole como ya le había dicho que en aquel castillo no había capilla, y para lo que restaba de hacer tampoco era necesaria, que todo el toque de quedar armado caballero [41] consistía en la pescozada y en el espaldarazo [42], según él tenía noticia del ceremonial de la orden, y que aquello en mitad de un campo se podía hacer, y que ya había cumplido con lo que tocaba al velar de las armas, que con solas dos horas de vela se cumplía, cuanto más que él había estado más de cuatro. Todo se lo creyó don Quijote, que [*] él estaba allí pronto para obedecerle y que concluyese con la mayor brevedad que pudiese, porque, si fuese otra vez acometido y se viese armado caballero, no pensaba dejar persona viva en el castillo, eceto [43] aquellas que él le mandase, a quien por su respeto dejaría.

Advertido y medroso desto el castellano [44], trujo luego un libro donde asentaba la paja y cebada que daba a los arrieros [45], y con un cabo de vela que le traía un muchacho, y con las dos ya dichas doncellas, se vino adonde don Quijote estaba, al cual mandó hincar de rodillas [46]; y, leyendo en su manual [47], como que decía alguna devota oración, en mitad de la leyenda [48] alzó la mano y diole sobre el cuello un buen golpe [*], y tras él, con su

mesma espada, un gentil espaldarazo [49], siempre murmurando entre dientes, como que rezaba. Hecho esto, mandó a una de aquellas damas [50] que le ciñese la espada [51], la cual lo hizo con mucha desenvoltura y discreción, porque no fue menester poca para no reventar de risa a cada punto de las ceremonias; pero las proezas que ya habían visto del novel caballero les tenía [*] la risa a raya. Al ceñirle la espada dijo la buena señora:

—Dios haga a vuestra merced muy venturoso caballero y le dé ventura en lides [52].

Don Quijote le preguntó cómo se llamaba, porque él supiese de allí adelante a quién quedaba obligado por la merced recebida, porque pensaba darle alguna parte de la honra que alcanzase por el valor de su brazo [53]. Ella respondió con mucha humildad que se llamaba la Tolosa, y que era hija de un remendón natural de Toledo [54], que vivía a las tendillas [*] de Sancho Bienaya [55], y que dondequiera que ella estuviese le serviría y le tendría por señor. Don Quijote le replicó que, por su amor, le hiciese merced que de allí adelante se pusiese *don* y se llamase «doña Tolosa» [56]. Ella se lo prometió, y la otra le calzó la espuela, con la cual le pasó casi el mismo coloquio que con la de la espada [57]. Preguntóle su nombre, y dijo que se llamaba la Molinera y que era hija de un honrado molinero de Antequera [58]; a la cual [*] también rogó don Quijote que se pusiese *don* y se llamase «doña Molinera», ofreciéndole nuevos servicios y mercedes [59].

Hechas, pues, de galope y aprisa [*] las hasta allí nunca vistas ceremonias [60], no vio la hora don Quijote de verse a caballo [61] y salir buscando las aventuras, y, ensillando luego a Rocinante, subió en él y [*], abrazando [*] a su huésped, le dijo cosas tan estrañas, agradeciéndole la merced de haberle armado caballero, que no es posible acertar a referirlas. El ventero, por verle ya fuera de la venta, con no menos retóricas, aunque con más breves palabras, respondió a las suyas y, sin pedirle [*] la costa de la posada, le dejó ir a la buen hora [*][62].

Don Quijote de la Mancha, Edición IV Centenario. Real Academia Española, San Pablo (Brasil) 2004, pág.41 y sig.

IX. El indigno — Jorge Luis Borges

Buenos Aires, 1899- Ginebra, 1986

La imagen que tenemos de la ciudad siempre es algo anacrónica. El café ha degenerado en bar; el zaguán que nos dejaba entrever los patios y la parra es ahora un borroso corredor con un ascensor en el fondo. Así, yo creí durante años que a determinada altura de Talcahuano me esperaba la Librería Buenos Aires; una mañana comprobé que la había reemplazado una casa de antigüedades y me dijeron que don Santiago Fischbein, el dueño, había fallecido. Era más bien obeso; recuerdo menos sus facciones que nuestros largos diálogos. Firme y tranquilo, solía condenar el sionismo, que haría del judío un hombre común, atado, como todos los otros, a una sola tradición y un solo país, sin las complejidades y discordias que ahora lo enriquecen. Estaba compilando, me dijo, una copiosa antología de la obra de Baruch Spinoza, aligerada de todo ese aparato euclidiano que traba la lectura y que da a la fantástica teoría un rigor ilusorio. Me mostró, y no quiso venderme, un curioso ejemplar de la *Kabbala denudata* de Rosenroth, pero en mi biblioteca hay algunos libros de Ginsburg y de Waite que llevan su sello.

Una tarde en que los dos estábamos solos me confió un episodio de su vida, que hoy puedo referir. Cambiaré, como es de prever, algún pormenor.

—Voy a revelarle una cosa que no he contado a nadie. Ana, mi mujer, no lo sabe, ni siquiera mis amigos más íntimos. Hace ya tantos años que ocurrió que ahora la siento como ajena. A lo mejor le sirve para un cuento, que usted, sin duda, surtirá de puñales. No sé si ya le he dicho alguna otra vez que soy entrerriano. No diré que éramos gauchos judíos; gauchos judíos no hubo nunca. Éramos comerciantes y chacareros. Nací en Urdinarrain, de la que apenas guardo memoria; cuando mis padres se vinieron a Buenos Aires, para abrir una tienda, yo era muy chico. A unas cuadras quedaba el Maldonado y después los baldíos.

Carlyle ha escrito que los hombres precisan héroes. La historia de Grosso me propuso el culto de San Martín, pero en él no hallé más que un militar que había guerreado en Chile y que ahora era una estatua de bronce y el nombre de una plaza. El azar me dio un héroe muy distinto, para desgracia de los dos: Francisco Ferrari. Ésta debe ser la primera vez que lo oye nombrar.

El barrio no era bravo como lo fueron, según dicen, los Corrales y el Bajo, pero no había almacén que no contara con su barra de compadritos. Ferrari paraba en el almacén de Triunvirato y Thames. Fue ahí donde ocurrió el incidente que me llevó a ser uno de sus adictos. Yo había ido a comprar un cuarto de yerba. Un forastero de melena y bigote se presentó y pidió una ginebra. Ferrari le dijo con suavidad:

—Dígame ¿no nos vimos anteanoche en el baile de la Juliana? ¿De dónde viene?

—De San Cristóbal —dijo el otro.

—Mi consejo —insinuó Ferrari— es que no vuelva por aquí. Hay gente sin respeto que es capaz de hacerle pasar un mal rato.

El de San Cristóbal se fue, con bigote y todo. Tal vez no fuera menos hombre que el otro, pero sabía que ahí estaba la barra.

Desde esa tarde Francisco Ferrari fue el héroe que mis quince años anhelaban. Era morocho, más bien alto, de buena planta, buen mozo a la manera de la época. Siempre andaba de negro.

Un segundo episodio nos acercó. Yo estaba con mi madre y mi tía; nos cruzamos con unos muchachones y uno le dijo fuerte a los otros:

—Déjenlas pasar. Carne vieja.

Yo no supe qué hacer. En eso intervino Ferrari, que salía de su casa. Se encaró con el provocador y le dijo:

—Si andás con ganas de meterte con alguien ¿por qué no te metés conmigo más bien?

Los fue filiando, uno por uno, despacio, y nadie contestó una palabra. Lo conocían.

Se encogió de hombros, nos saludó y se fue. Antes de alejarse, me dijo:

—Si no tenés nada que hacer, pasá luego por el boliche.

Me quedé anonadado. Sarah, mi tía, sentenció:

—Un caballero que hace respetar a las damas.
Mi madre, para sacarme del apuro, observó:
—Yo diría más bien un compadre que no quiere que haya otros.
No sé cómo explicarle las cosas. Yo me he labrado ahora una posición, tengo esta librería que me gusta y cuyos libros leo, gozo de amistades como la nuestra, tengo mi mujer y mis hijos, me he afiliado al Partido Socialista, soy un buen argentino y un buen judío. Soy un hombre considerado. Ahora usted me ve casi calvo; entonces yo era un pobre muchacho ruso, de pelo colorado, en un barrio de las orillas. La gente me miraba por encima del hombro. Como todos los jóvenes, yo trataba de ser como los demás. Me había puesto Santiago para escamotear el Jacobo, pero quedaba el Fischbein. Todos nos parecemos a la imagen que tienen de nosotros. Yo sentía el desprecio de la
gente y yo me despreciaba también. En aquel tiempo, y sobre todo en aquel medio, era importante ser valiente; yo me sabía cobarde. Las mujeres me intimidaban; yo sentía la íntima vergüenza de mi castidad temerosa. No tenía amigos de mi edad.
No fui al almacén esa noche. Ojalá nunca lo hubiera hecho. Acabé por sentir que en la invitación había una orden; un sábado, después de comer, entré en el local.
Ferrari presidía una de las mesas. A los otros yo los conocía de vista; serían unos siete. Ferrari era el mayor, salvo un hombre viejo, de pocas y cansadas palabras, cuyo nombre es el único que no se me ha borrado de la memoria: don Eliseo Amaro. Un tajo le cruzaba la cara, que era muy ancha y floja. Me dijeron, después, que había sufrido una condena.
Ferrari me sentó a su izquierda; a don Eliseo lo hicieron mudar de lugar. Yo no las tenía todas conmigo. Temía que Ferrari aludiera al ingrato incidente de días pasados. Nada de eso ocurrió; hablaron de mujeres, de naipes, de comicios, de un payador que estaba por llegar y que no llegó, de las cosas del barrio. Al principio les costaba aceptarme; luego lo hicieron, porque tal era la voluntad de Ferrari. Pese a los apellidos, en su mayoría italianos, cada cual se sentía (y lo sentían) criollo y aun gaucho. Alguno era cuarteador o carrero o acaso matarife; el trato con los animales los acercaría a la gente de campo. Sospecho que su mayor anhelo hubiera sido ser Juan Moreira. Acabaron por decirme el Rusito, pero en el apodo no había desprecio. De ellos aprendí a fumar y otras cosas.
En una casa de la calle Junín alguien me preguntó si yo no era amigo de Francisco Ferrari. Le contesté que no; sentí que haberle contestado que sí hubiera sido una jactancia.
Una noche la policía entró y nos palpó. Alguno tuvo que ir a la comisaría; con Ferrari no se metieron. A los quince días la escena se repitió; esta segunda vez arrearon con Ferrari también, que tenía una daga en el cinto. Acaso había perdido el favor del caudillo de la parroquia.
Ahora veo en Ferrari a un pobre muchacho, iluso y traicionado; para mí, entonces, era un dios.
La amistad no es menos misteriosa que el amor o que cualquiera de las otras faces de esta confusión que es la vida. He sospechado alguna vez que la única cosa sin misterio es la felicidad, porque se justifica por sí sola. El hecho es que Francisco Ferrari, el osado, el fuerte, sintió amistad por mí, el despreciable. Yo sentí que se había equivocado y que yo no era digno de esa amistad. Traté de rehuirlo y no me lo permitió. Esta zozobra se agravó por la desaprobación de mi madre, que no se resignaba a mi trato con lo que ella nombraba la morralla y que yo remedaba. Lo esencial de la historia que le refiero es mi relación con Ferrari, no los sórdidos hechos, de los que ahora no me arrepiento. Mientras dura el arrepentimiento dura la culpa.
El viejo, que había retomado su lugar al lado de Ferrari, secreteaba con él. Algo estarían tramando. Desde la otra punta de la mesa, creí percibir el nombre de Weidemann, cuya tejeduría quedaba por los confines del barrio. Al poco tiempo me encargaron, sin más explicaciones, que rondara la fábrica y me fijara bien en las puertas. Ya estaba por atardecer cuando crucé el arroyo y las vías. Me acuerdo de unas casas desparramadas, de un sauzal y unos huecos. La fábrica era nueva, pero de aire solitario y derruido; su color rojo, en la memoria, se confunde ahora con el poniente. La cercaba una verja. Además de la entrada principal, había dos puertas en el fondo que miraban al sur y que daban directamente a las piezas.

Confieso que tardé en comprender lo que usted ya habrá comprendido. Hice mi informe, que otro de los muchachos corroboró. La hermana trabajaba en la fábrica. Que la barra faltara al almacén un sábado a la noche hubiera sido recordado por todos; Ferrari decidió que el asalto se haría el otro viernes. A mí me tocaría hacer de campana. Era mejor que, mientras tanto, nadie nos viera juntos. Ya solos en la calle los dos, le pregunté a Ferrari:
—¿Usted me tiene fe?
—Sí —me contestó—. Sé que te portarás como un hombre.
Dormí bien esa noche y las otras. El miércoles le dije a mi madre que iba a ver en el centro una vista nueva de cowboys. Me puse lo mejor que tenía y me fui a la calle Moreno. El viaje en el Lacroze fue largo. En el Departamento de Policía me hicieron esperar, pero al fin uno de los empleados, un tal Eald o Alt, me recibió. Le dije que venía a tratar con él un asunto confidencial. Me respondió que hablara sin miedo. Le revelé lo que Ferrari andaba tramando. No dejó de admirarme que ese nombre le fuera desconocido; otra cosa fue cuando le hablé de don Eliseo.
—¡Ah! —me dijo—. Ése fue de la barra del Oriental.
Hizo llamar a otro oficial, que era de mi sección, y los dos conversaron. Uno me preguntó, no sin sorna:
—¿Vos venís con esta denuncia porque te crees un buen ciudadano?
Sentí que no me entendería y le contesté:
—Sí, señor. Soy un buen argentino.
Me dijeron que cumpliera con la misión que me había encargado mi jefe, pero que no silbara cuando viera venir a los agentes. Al despedirme, uno de los dos me advirtió:
—Andá con cuidado. Vos sabés lo que les espera a los batintines.
Los funcionarios de policía gozan con el lunfardo, como los chicos de cuarto grado. Le respondí:
—Ojalá me maten. Es lo mejor que puede pasarme.
Desde la madrugada del viernes, sentí el alivio de estar en el día definitivo y el remordimiento de no sentir remordimiento alguno. Las horas se me hicieron muy largas. Apenas probé la comida. A las diez de la noche fuimos juntándonos a una cuadra escasa de la tejeduría. Uno de los nuestros falló; don Eliseo dijo que nunca falta un flojo. Pensé que luego le echarían la culpa de todo. Estaba por llover. Yo temí que alguien se quedara conmigo, pero me dejaron solo en una de las puertas del fondo. Al rato aparecieron los vigilantes y un oficial. Vinieron caminando; para no llamar la atención habían dejado los caballos en un terreno. Ferrari había forzado la puerta y pudieron entrar sin hacer ruido. Me aturdieron cuatro descargas. Yo pensé que adentro, en la oscuridad, estaban matándose. En eso vi salir a la policía con los muchachos esposados. Después salieron dos agentes, con Francisco Ferrari y don Eliseo Amaro a la rastra. Los habían ardido a balazos. En el sumario se declaró que habían resistido la orden de arresto y que fueron los primeros en hacer fuego. Yo sabía que era mentira, porque no los vi nunca con revólver. La policía aprovechó la ocasión para cobrarse una vieja deuda. Días después, me dijeron que Ferrari trató de huir, pero que un balazo bastó. Los diarios, por supuesto, lo convirtieron en el héroe que acaso nunca fue y que yo había soñado.
A mí me arrearon con los otros y al poco tiempo me soltaron.

Del libro *El informe de Brodie* (1970)

Jorge Luis Borges, Obras completas,Emecé Ediciones, Buenos Aires, 1974, pág.1029 y sigs.

Bibliografía Uni Kiel

- Obras completas / Jorge Luis Borges, Buenos Aires : Emecé, 2001-
- Fishburn E. & Pische H.,*A dictionary of Borges,* Duckworth, 1990
- Enciclopedia de Borges
Marcela Croce **Sonst. Personen:** Gastón Sebastián M. Gallo **,**Coín (Málaga) : Alfama, 2008
Signatur: TT 89 | BOR | V/CRO
- **Zeitschrift:** Variaciones Borges : revista del Centro de Estudios y Documentación Jorge Luis Borges / Aarhus Universitet, Romansk Institut
Körperschaft: Jorge Luis Borges Center for Studies and Documentation <Århus>
Signatur: Z | Vari. Borges.

Borges en la Red

- **Borges - Diario Clarín**
http://www.clarin.com.ar/diario/especiales/Borges/html/Home.html
Suplemento monográfico del diario bonaerense *Clarín* dedicado a Borges, con colaboraciones de Ernesto Sábato, Antonio Tabucchi, Umberto Eco, Ricardo Piglia, Susan Sontag, Julián Barnes, Bioy Casares y otros; además, reseñas biográfica y bibliográfica y diversos documentos sonoros que recogen palabras de Borges en su propia voz.

- **Borges en Italia: perfil de una recepción**
http://www.club.it/culture/enrique.santos.unamuno/
Artículo que trata de la fortuna literaria de Borges en Italia. Desde *Culture,* revista de la Università degli Studi di Milano. Por Enrique Santos Unamuno.

- **Borgianas - Centro Virtual Cervantes**
http://cvc.cervantes.es/el_rinconete/anteriores/agosto_99/24081999_03.htm
A lo largo de 1999, el CVC ha publicado (en su sección diaria *Rinconete*) las *Borgianas,* citas de la obra de Borges que recogen los elementos y las obsesiones de su personal universo. A través de esta página se puede acceder a una recopilación de todas ellas.

- - **CasiNada - Jorge Luis Borges**
http://usuarios.iponet.es/casinada/00borges.htm

- **Centro de Estudios y Documentación 'Jorge Luis Borges'**
http://www.borges.pitt.edu/english.php

Sitio en la red consagrado enteramente al estudio de la obra, el pensamiento y el estilo del autor. Bibliografía general de todas las obras de Borges; bibliografía especializada de las obras críticas de Borges; servicio Borges Studies on Line; informaciones sobre la revista *Variaciones Borges;* enlaces sobre Borges en la red; reseñas de publicaciones; información de actos y convocatorias relacionados con Borges, etcétera. Páginas en inglés, francés y castellano.

- **Espéculo Temático- Jorge Luis Borges**
Revista Electrónica Cuatrimestral de Estudios Literarios **ISSN: 1139-3637**
Facultad de Ciencias de la Información UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

http://www.ucm.es/info/especulo/tematico/borges/index.html

X. Proyección de la película ***El secreto de sus ojos***



Director: Juan José Campanella País: Argentina, España Año: 2009**.** Duración: 129 min**.** Género: **Drama** Guión: Juan José Campanella**,** Eduardo Sacheri Fotografía: Félix Monti.

Basada en la novela de Eduardo Sacheri *La pregunta de sus ojos*.

Durante 25 años, el asesinato de Liliana Colotto ha permanecido, imborrable, en la memoria de Benjamín Espósito. Ahora, en su madurez, decide volver sobre esa historia; recorrer de nuevo aquel pasado de amor, muerte y amistad. Pero esos recuerdos, puestos en libertad, repasados unas mil veces, cambiarán su visión de ese pasado. Y reescribirán su futuro.

Actores

- Ricardo Darín: Benjamín Espósito
- Soledad Villamil: Irene Menéndez Hastings

- Guillermo Francella: Pablo Sandoval
- Pablo Rago: Ricardo Morales
- Javier Godino: Isidoro Gómez
- Mariano Argento: Romano
- José Luis Gioia: Báez – Inspector

1. Análisis desde el punto de vista cinematográfico

a.

personajes	personalidad
	diálogos, vocabulario
	vestuario

b.

escenario	luz
	sonido, ruidos, música
	decoración

c.

imágenes y composiciones	propiedades fotográficas
	tono (colores)
	velocidad de la película

2. Análisis desde el punto de vista del contenido

a. temas predominantes
b conexión entre la película y otra manifestación artística como la literatura y la pintura.

3. Tópicos para la redacción de un comentario

a. ¿Cuáles son los personajes principales?
b. ¿Qué representa cada uno de ellos ?
c. ¿Lo importante es lo individual o lo social?
d. ¿Cómo la acción crea la historia con algún significado, una constelación de significados?
e. ¿Cómo la historia enfatiza los beneficios del cambio o su inmutabilidad?
f. ¿Qué tipo de vida o acción tiene por objeto valorar o criticar?

4. Diferentes perspectivas

a. La dimensión teatral de la imagen filmada.
b. La composición de la película alcanzada a través de las posiciones de cámara y montaje.
c. El uso del sonido y especialmente la música en esta película.

Bibliografía

1. Corrigan Timothy, *A short guide to writing about film,* Harper Collins Publishers,1989
2. Madariaga de, Luis, *Diccionario de fotografía y cine,SW/155/4*
3. Töteberg, Michael (Hrsg.), *Film Lexikon,* Metzler, 1995
4. Chanampe Guevara R., *Forma fílmica y estética de* « El secreto de sus ojos » en

http://www.elojoquepiensa.net